

Hoy que se habla tanto de la necesidad de una “muerte digna”, desde la fe cristiana también ofrecemos sugerencias. Este Decálogo es un ejemplo.

1 – Ambiente satisfactorio y pacífico.

El enfermo necesita un ambiente que respete su dignidad de persona, sea en el hospital o en la propia casa: atención médica, higiene, alimentación, descanso, silencio, paz.

2 – Acompañamiento de familia y amigos.

En esos últimos momentos el enfermo necesita la presencia, aunque sea silenciosa, de parientes y amigos. La soledad es señal inequívoca de muerte indigna.

3 – Manifestación de la verdad al enfermo.

A ser posible, el enfermo debe ser consciente de su grave situación. Nada de ocultar y menos mentir. Hay que aprender a aceptar la muerte de frente. Esta es misión propia del médico, del sacerdote o del familiar más cercano.

4 – Hacer el testamento vital y testamento civil.

La muerte digna debe adelantarse al futuro. El testamento vital previene y organiza los últimos momentos de la propia vida. El testamento civil reparte la herencia justa que hay que dejar a los herederos. Todo hay que pensarlo y hacerlo con justicia y verdad.

5 – Celebrar una confesión general.

Se trata de poner ante Dios, por medio del sacerdote en el sacramento de la confesión, toda la vida pasada, con su gracia y su pecado, acogándose filialmente al amor divino. No se debe improvisar este sacramento. Conviene que se pueda preparar en diversos encuentros con el sacerdote o sus catequistas. Es un ejercicio pastoral maravilloso que el enfermo ha de hacer con plena conciencia y sin ningún miedo.

6 – Garantizar los cuidados paliativos.

No se trata de alargar la vida sino de acoger la muerte con naturalidad, pero sin dolor. Dios no quiere que suframos, pero si este llega, hemos de reducirlo lo más posible. La presencia del médico es imprescindible y con las sesiones necesarias.

7 – Celebrar la Unción de enfermos.

En este sacramento la Iglesia ofrece la salud de alma, espíritu y cuerpo al cristiano en estado de enfermedad grave o vejez. Obtiene del Señor consuelo, paz y ánimo, el perdón de los pecados (si el enfermo no ha podido confesarse), restablece la salud corporal (si le conviene) y prepara para el paso a la vida eterna.

8 – Celebrar la recepción del Viático.

El Viático consiste en administrar la sagrada comunión a los moribundos como alimento y ayuda para celebrar la Pascua definitiva. El Viático es una celebración propia para los moribundos y va acompañada con la bendición de su Santidad con el don de la indulgencia plenaria. El ministro adecuado es el párroco o el capellán.

9 – Rezar al enfermo la recomendación del alma.

Cuando el enfermo llega a su última agonía, el sacerdote, los familiares y amigos, lo acompañen en su tránsito con la plegaria. Para ello, pueden usarse invocaciones breves, lecturas bíblicas, la letanía de los santos, oraciones que acostumbraba a rezar el moribundo o cantar algún salmo o canto que le fuera especialmente familiar.

10 – Celebrar las exequias cristianas.

Las exequias que hay que ofrecer por el difunto tienen tres estaciones complementarias: 1ª - el responso, con sus familiares y amigos en la casa familiar (o en el tanatorio). 2ª - el funeral, con la comunidad cristiana en el templo parroquial. 3ª - la despedida, con los más íntimos en el cementerio (o en el crematorio).